



PREMIO ESPASA  HOY 1997

EL BUCLE MELANCÓLICO
HISTORIAS DE NACIONALISTAS VASCOS

Jon Juaristi

Frente a la argumentación victimista del nacionalismo vasco —no muy distinta de la que prevalece en la mayoría de los nacionalismos—, el autor de este ensayo propone una argumentación alternativa: el análisis de la leyenda, el rumor y los mitos a la luz de la historia, en su sentido más riguroso.

A través de un recorrido por las biografías y los microcosmos culturales de las figuras más descollantes en la genealogía del nacionalismo vasco, Jon Juaristi defiende que tras las reclamaciones abertzales no hay pérdidas u ofensas reales que exijan ser reparadas, sino la necesidad —propia de los trastornos melancólicos— de adelantarse a la pérdida para ganar siempre. De esta forma, el nacionalismo vasco ha logrado consolidar su hegemonía a costa de la marginación cultural y del sometimiento político de la mayoría no nacionalista de la población vasca.

Estas Historias de nacionalistas vascos constituyen una auténtica contra-historia del movimiento abertzale, desde sus orígenes hasta el espíritu de Ermua.

Algone
(y a lkatz)

Respecto del proceso genético del luto, la melancolía presenta en su origen una circunstancia particularmente difícil de explicar. En efecto, Freud no oculta su incomodidad frente a la irrefutable verificación de que, mientras el luto sigue a una pérdida realmente acaecida, en la melancolía no sólo no está claro de hecho qué es lo que se ha perdido, sino que ni siquiera es seguro que se pueda hablar de veras de una pérdida. «Debe admitirse —escribe con cierta desazón— que se ha producido efectivamente una pérdida, pero sin lograr saber qué es lo que se ha perdido»; y, tratando de suavizar la contradicción según la cual habría una pérdida, pero no un objeto perdido, habla después de una «pérdida desconocida» o de una «pérdida objetual que escapa a la conciencia». El examen del mecanismo de la melancolía, tal como lo describen Freud y Abraham, muestra en efecto que el receso de la libido es el dato original más allá del cual no es posible remontar-

se, de modo que, queriendo conservar la analogía con el luto, habría que decir que la melancolía ofrece la paradoja de una intención luctuosa que precede y anticipa la pérdida del objeto.

GIORGIO AGAMBEN

El mismo Jacobo el Filósofo compuso una especie de relato moral en el que, al ofrecer de una manera cómica y contundente las varias acciones de los hombres, intercaló episodios de la historia de su país. Algunas personas le preguntaron por qué razón había escrito aquello y qué provecho reportaría su obra a la Patria.

Uno muy considerable —respondió el filósofo—. Cuando vean sus actos al desnudo, sin el manto de seducciones lisonjeras que los revestían, los pingüinos los juzgarán serenamente, y acaso en adelante mejoren de condición.

ANATOLE FRANCE

NOTA DEL AUTOR

La ortografía eusquérica ha atravesado una centuria caótica desde que Sabino Arana Goiri publicara sus *Lecciones de ortografía del euzkera bizkaíno* en 1896. Me ha sido imposible adoptar unos criterios unitarios al respecto, en el presente ensayo, porque falsificarían la realidad histórica de la vertiente lingüística del nacionalismo.

He castellanizado deliberadamente la ortografía de los apellidos y topónimos eusquéricos para hacer más comprensible su fonética a los lectores que no dominen la lengua vasca, salvo cuando se cita directamente un texto en que aquéllos aparecen escritos con ortografía eusquérica. Sólo me aparto de esta norma en las traducciones de textos eusquéricos que yo mismo he realizado. En éstas, la ortografía de los nombres vascos aparece castellanizada.

He conservado la dualidad ortográfica de ciertas palabras vascas —generalmente se trata de neologismos nacionalistas— que se han escrito de distinta forma en distintas épocas: así, Euzkadi (hasta 1950, aproximadamente), frente a Euskadi; o lendakari (hasta la reforma de 1968) y lehendakari: José Antonio Aguirre Lecube fue lendakari del Gobierno Vasco, pero José Antonio Ardanza es lehendakari del mismo.

INTRODUCCIÓN

Hay en *Michael Collins*, la reciente película (1996) de Neil Jordán sobre el dirigente del IRA y forjador del Estado Libre de Irlanda, una secuencia particularmente reveladora: aquella en que el protagonista (encarnado por el actor Liam Neeson) se detiene en una taberna al borde del camino, durante su última visita a la región de Cork, horas antes de caer en la emboscada que le costará la vida. Según el más puntilloso de sus biógrafos, con este viaje a su condado natal —por entonces infestado de rebeldes—, Collins pretendía llegar a un acuerdo con el IRA, confiando en que encontraría un firme apoyo en sus coterráneos^[1]. Pues bien, creyendo hallarse entre amigos, *Mick* evoca sus años de infancia, mientras bebe cerveza con los parroquianos del *pub* de Paddy Callinan: «Allí —dice—, en el viejo molino, muchas noches se contaban historias de nacionalistas». Entre los que escuchan los recuerdos de Collins se encuentran los activistas republicanos que, al día siguiente, dispararán sobre él a su paso por Béal na mBláth, la Boca de las Flores.

Historias de nacionalistas. He aquí la clave de la reproducción de todo nacionalismo: relatos que transmiten una lejana y lancinante melancolía. Como Michael Collins, muchos vascos de mi generación estuvimos expuestos a los significantes deletéreos de ese tipo de historias: narraciones sacrificiales de amor y de inmolación, de heroísmo y de culpa, de traiciones y derrotas. Las he oído desde mis días de escolar, en el patio del colegio, en los fuegos de campamento, en las sobremesas familiares. Historias de martirio y

de gloria desesperada, de pérdida y de negación de la pérdida; historias que, inviniendo el orden habitual del cuento maravilloso, arrancaban de una situación de plenitud para concluir en la desposesión desde la que el nuevo héroe (papel que nos estaba reservado a cada uno de nosotros) debía partir en busca de la patria arrebatada, de la lengua prohibida, del grial que devolviese feracidad a la tierra de los ancestros y salud a la raza exangüe. Suturar la herida, colmar la carencia, restaurar el orden edénico: tal era la misión —la *tarea difícil* de Propp^[2]— que estas historias nos imponían.

No exagero, no invento nada. Mi memoria está llena todavía de los clisés con que los poetas de tres generaciones anteriores a la mía glosaron el infortunio de Euskadi, y no necesito consultar de nuevo sus libros para enumerar los más desazonantes. Bajo el Dominio Extranjero (*erbeste-pean*), el Huerto de los Antepasados (*asaba zaarren baratía*) habría devenido Áspero Desierto (*eremu latz*). Los que acuñaron estos tópicos —Sabino Arana Goiri, José María Aguirre (*Lizardi*) y Gabriel Aresti, respectivamente— se cuentan entre los principales creadores de la retórica nacionalista. Hay otros, por supuesto, pero basta con mencionar a estos tres. *Lizardi* y *Aresti* fueron los mayores poetas del eusquera, y *Arana Goiri*, el creador de la narración arquetípica del nacionalismo vasco. Cada generación, a lo largo de este siglo, ha ido añadiendo nuevas figuras al relato original, pero éste, en esencia, sigue siendo el mismo: el tránsito del paraíso al desierto. Y cada nueva generación nacionalista ha debido realizar la tarea que el relato exigía a sus destinatarios: el viaje hacia la nada, la experiencia de la derrota. Porque el nacionalismo vasco sólo sabe una cosa, pero, como el erizo de Arquíloco, la sabe muy bien: que es necesario perder para ganar, mantener vivo el agravio para que el sacrificio de las sucesivas generaciones resulte políticamente rentable. La estrategia global del *abertzalismo* es victimista, y por ello tiende a evitar por todos los medios la invalida-

ción del arquetipo narrativo, pero precisa actualizar continuamente los significantes del mismo para que la narración no devenga tediosa incluso para los aristócratas del masoquismo (tanto sufrimiento repetido termina siendo una murga). Así que cambia continuamente la forma del relato a fin de que el contenido se mantenga inmutable.

Nunca, ni en el caso del mismísimo Sabino Arana Goiri, ha estado el discurso *abertzale* desprovisto por completo de ingredientes progresistas. Es más, gran parte de su éxito deriva directamente de la incorporación de modernidad en dosis homeopáticas, lo que ha provocado siempre en sus receptores una saludable reacción contra la cultura de la modernidad, una producción masiva de anticuerpos que neutralizan eficazmente los discursos críticos. En rigor, el núcleo del discurso nacionalista es inmune a la crítica porque se trata de una *historia*, no de una argumentación: una historia que prolifera, que vive en variantes, que se multiplica en historias generacionales y, sobre todo, individuales: en biografías, es decir, en *historias de nacionalistas*. Cada una de ellas debe reproducir fielmente el arquetipo de rebelión, sacrificio y derrota del pueblo, porque la historia que cuenta el discurso nacionalista es una interminable sucesión de derrotas: conquista de Navarra por los castellanos, fracaso de las insurrecciones carlistas, abolición de los fueros, capitulación de los *gudaris* en Santoña, etc. Cada una trae aparejada una traición que la explica: la del conde de Lerín, la del general Maroto, la de la camarilla del Pretendiente, la de los italianos a los que se entregaron en 1937 los batallones nacionalistas (confieso que esta última explicación me produjo siempre perplejidad, incluso en mis tiempos de mayor fiebre *abertzale*: ¿no eran los legionarios fascistas italianos aliados de Franco? Pues, si lo eran, ¿no habría sido una traición a su bando permitir que los *gudaris* escapasen en barcos ingleses o franceses? ¿Qué clase de políticos eran los dirigentes *jelkides* que negociaron la en-

trega de las milicias vascas para ignorar las previsible consecuencias de la misma?).

Frente a este victimismo infinito, que impide que la herida cicatrice y suscita reclamaciones siempre insaciables, la historia académica de los últimos treinta años —sobre todo, la escrita desde el país vasco— ha ido construyendo una visión muy distinta del pasado. Las guerras mencionadas fueron todas, sin excepción, *guerras civiles*. No hubo tal conquista de Navarra, sino el triunfo de una facción nobiliaria sobre otra, lo que se tradujo en una sustitución de dinastías. Las ciudades vascas defendieron con las armas el liberalismo contra los campesinos carlistas. La derogación de los fueros sólo conmocionó a una minoría que, además, fue incapaz de movilizar a un sector significativo de la población contra esta medida: las élites dirigentes del país se mostraron más que satisfechas con el nuevo régimen de conciertos económicos, y los llamados *fuerristas* cosecharon un fracaso electoral tras otro, hasta desaparecer en pocos años del mapa político de la Restauración. Y, en fin, si es verdad que el país vasco dio cuarenta mil *gudaris* al ejército de la República, no lo es menos que aportó a los rebeldes sesenta mil requetés.

Por supuesto, esta historia académica no ha tenido efecto alguno en el arquetipo narrativo del nacionalismo, pero ha obligado a los ideólogos *abertzales* a pertrecharse de argumentos (o, más exactamente, de pseudoargumentos) contra aquella. En rigor, no ha tenido lugar, en los últimos treinta años, nada parecido a una polémica entre historiadores nacionalistas y no nacionalistas. Las distintas ramas del nacionalismo vasco carecen de historiadores profesionales. Existe una historiografía del nacionalismo, pero no una historiografía nacionalista. Su lugar está ocupado, en el campo *abertzale*, por un puñado de periodistas dedicados a «modernizar» superficialmente el arquetipo y a promover la divulgación mediática de versiones remozadas del mismo (a través de las series de documentales «históricos» emiti-

dos por la televisión autonómica, por ejemplo). Con todo, el nacionalismo institucional no busca el enfrentamiento con la historia académica. Se limita a ignorarla desdeñosamente y a vedarle el acceso al medio sobre el que detenta el control exclusivo: la televisión. Los más activos detractores de la historiografía no nacionalista se hallan en la auto-denominada *izquierda abertzale*, es decir, en Herri Batasuna y su entorno académico (que lo tiene). Proceden de áreas profesionales ajenas a la investigación histórica y, en general, su experiencia en este terreno, incluso como diletantes, suele ser deleznable, pero están medianamente familiarizados con el lenguaje divulgativo de las ciencias humanas y sociales.

No se trata de auténticos antropólogos ni sociólogos, sino de especialistas en la denuncia ideológica. Sin embargo, conviene prestarles alguna atención. En un medio casi alálico, que limita su actividad verbal a los comunicados de ETA y a las bravuconadas de Herri Batasuna y Jarrai, ellos sostienen el único discurso con pretensiones de solvencia teórica. Para despejar sospechas respecto a posibles manipulaciones por mi parte, recurriré a las propias palabras de uno de estos «intelectuales orgánicos» del nacionalismo radical, profesor de la universidad en la que yo mismo trabajo. Fito Rodríguez Bornaetxea (no conozco de él otros datos que los que figuran en la portada del opúsculo que cito) no es historiador y, desde luego, no sabe latín. Véase cómo despacha en un párrafo escueto casi dieciséis siglos de historia:

Las formas organizativas de la sociedad vasca no casaron con la romanización ni con el monoteísmo católico, judío ni mahometano. Se encontraron marginadas de las grandes vías de comunicación cultural que suponían [sic] en la Edad Media las peregrinaciones a Santiago de Compostela (el «Codigus Lsic] Calixtinus» del siglo XI define a los vascos como salvajes «amorales»). El cambio cultural acaecido en la transición del Románico al Gótico se realiza tan-

gencialmente a [sic] la comunidad vasca. De hecho las persecuciones del Tribunal de la Inquisición entre los vascos lo fueron [sic] para asegurar unas formas católicas de culto que en el País Vasco no respondían a los cánones ortodoxos [?]. Es por eso que [sic] una bula papal permitió la conquista castellana del Reino de Navarra y por lo que su rey Enrique III se convirtió en Enrique IV de Francia después de abjurar de la religión protestante, perseguida en los dos grandes Reinos adyacentes, y que constituía una de las señas de distinción vasca [!]^[3].

No es mi intención ensañarme con la pedantería del estilo de este profesor ni con la forma en que maltrata el idioma, ni siquiera con su insondable ignorancia en materia histórica, aunque cualquier otro en sus condiciones se habría guardado mucho de desautorizar a los historiadores no nacionalistas alegando que «las críticas que desde la escuela de *Anuales* se vertieron contra esta forma de trabajar son hoy generalmente aceptadas y hacen difícil aceptar como válidas investigaciones tan reduccionistas»^[4]. Ignoro a qué críticas alude Rodríguez. Prefiero no imaginar, en todo caso, lo que habrían opinado los discípulos franceses de Febvre y Braudel de habérselas tenido que ver con sus geniales aproximaciones a la *longue durée*. Lo que realmente me interesa retener de su deplorable ensayo es la serie de presuntos argumentos de que se vale para descalificar los estudios sobre el nacionalismo vasco y, muy en particular, sobre el terrorismo etarra: por ejemplo, «las fronteras académicas de la etnología y de la antropología cultural han impedido un acercamiento al origen y evolución de las distintas manifestaciones de la lucha independentista en Euskadi que permitiera a los propios nacionalistas reconocerse a sí mismos»^[5]. O bien este otro: «para buscar la racionalidad del conflicto social, se realiza una hermenéutica de lo simbólico mientras se obvian los discursos propios a [sic] la racionalidad política desde la que los actores se reconocen a

sí mismos»^[6]. O, más allá: «las fronteras del trabajo académico impiden... el otorgar la palabra a los propios actores y nos hurtan... los criterios autoexplicativos del discurso secesionista»^[7]. Frente a la crítica académica, Rodríguez opone los «intentos de inteligibilidad autoexplicativa racional»^[8], y, especialmente, los que aparecen en «órganos de expresión como los periódicos *Egin*... o la editorial Txalaparta»^[9].

Uno no sabe realmente si Rodríguez sólo admitiría como explicaciones legítimas del nacionalismo radical las ofrecidas por sus actores directos (es decir, por los etarras y los militantes de Herri Batasuna y Jarrai) o si su generosidad llegaría al punto de tolerar asimismo las de aquellos autores que —sin pertenecer al cogollo de la sedicente *izquierda abertzale*— consagran sus libros a celebrar lo bien que se explayan los terroristas cuando se toman un respiro entre un atentado y otro: antropóloga ha habido que se ha sacado el *cum laude* gracias a una sarta de entrevistas aquiescentes a dulces pistoleros jubilados^[10], pero no ha conseguido que Rodríguez incluya su tesis doctoral en el canon de la *inteligibilidad autoexplicativa* de marras. Para Fito eso es todavía demasiada distancia. No le basta, en efecto, el principio de *empatía*, la *comprensión sprangeriana*, la cálida solidaridad *humanitaria* del sujeto con el objeto de la investigación. No. Fito exige identidad: del nacionalismo solamente pueden hablar con autoridad los nacionalistas, y del nacionalismo radical, los nacionalistas radicales, que no se van por las ramas de «la hermenéutica de lo simbólico». Por esta razón, propone como modelo sus propios trabajos y algún artículo suelto de José Luis Álvarez Santa Cristina, *Txelis*, traductor al vasco del *Tractatus* de Wittgenstein e ideólogo de la cúpula de ETA, detenido en Bidart en 1992 tras cursar una solicitud para enseñar filosofía en la Universidad del País Vasco. Lo de «las fronteras del trabajo académico» no parece regir para aquellos profesos-

res y aspirantes a profesores que publican en *Egin* y Txalaparta o militan en ETA.

En realidad, los nacionalistas piensan, con razón, que toda crítica del nacionalismo es interesada (tan interesada, al menos, como sus apologías). Se equivocan, sin embargo, cuando suponen que todo crítico tiene algo que ocultar, algo que, de saberse, explicaría el porqué de su hostilidad al nacionalismo. No se les ocurre plantearse que el nacionalismo, sublime para ellos, pueda despertar una espontánea repugnancia en otros. Los nacionalistas vascos que conozco se escandalizan —de buena fe, supongo— cuando alguien expresa su rechazo hacia el ideario *abertzale*: ¿No se impone por sí misma la evidencia de que, como afirmó Sabino Arana Goiri, «Euskadi es la patria de los vascos»? ¿No es de justicia reconocer el derecho del pueblo vasco a la autodeterminación? ¿Acaso puede negarse que el eusquera sea la lengua nacional de los vascos, que Navarra y Euskadi Norte formen parte inalienable de Euskadi o que los Estados español y francés hayan oprimido durante siglos a la población vasca?

Puestos a negar, puede negarse incluso que Euskadi Norte sea Euskadi Norte: Bayona está en el mismo paralelo que Bilbao, y en Baigorri, que cae bastante al sur de aquella, se cultiva la vid, como en la Ribera navarra (sería más acertado llamarla Euskadi del Este o Euskadi Oriental, pero no voy a ponerme latoso por estas minucias). Mi experiencia es que los nacionalistas nunca entran en polémicas, no discuten. Descalifican, eso sí, y su procedimiento favorito de descalificación es aplicar al eventual crítico la etiqueta de *nacionalista español*, con lo que se ahorran entrar en argumentaciones más complejas. Las de Rodríguez, por caso, sólo tienen de complejidad la apariencia. En realidad, todas ellas se limitan a remachar el núcleo duro de la ideología, es decir, la creencia —infundada, como toda creencia— de que únicamente los nacionalistas vascos pueden comprender la hondura del nacionalismo vasco. Pero aquí también,

como en el caso de la narración arquetípica, cabe una pluralidad de formulaciones. Sin ir más lejos, Xabier Arzalluz, actual presidente del Partido Nacionalista Vasco, suele aderezar sus imputaciones de nacionalismo español con alusiones veladas o explícitas al pasado culpable de sus adversarios: estas suelen consistir, normalmente, en revélar la antañona pertenencia de los susodichos a cualquier organización de izquierda (a juzgar por el furioso antimarxismo de su presidente, cualquiera diría que el PNV es un enemigo declarado de toda dictadura comunista, pero en la práctica no es así. Mientras escribo estas líneas —en junio de 1997—, me llega la noticia de que el *lehendakari* Ardanza, que acaba de mantener una cordial conversación en La Habana con Fidel Castro, se ha negado a recibir a los representantes de los grupos disidentes de la isla, y ello en el momento justo en que la Unión Europea vuelve a denunciar la reiterada violación de los derechos humanos en Cuba). Con todo, el blanco predilecto de los ataques de Arzalluz son aquellos críticos del nacionalismo que militaron en ETA en tiempos de la dictadura franquista: estos son los que, según el dirigente del PNV, no pueden dar a nadie, y menos al PNV, lecciones de moral. Algunos de los aludidos han observado, con no poca perspicacia, que a Arzalluz parece indignarle más el hecho de que abandonaran ETA que su antigua militancia en la organización terrorista.

Como yo mismo me hallo incluido en este grupo, creo obligado hacer un par de precisiones: la crítica al nacionalismo, al menos la que procede de antiguos militantes de ETA, nunca ha malgastado su tiempo en abrumar al PNV con admoniciones morales. Se trata de una crítica muy centrada en el problema terrorista y en la ideología del nacionalismo radical (el único que, como he dicho, presenta un cuerpo de textos en apariencia argumentativos). Hace ya mucho tiempo que el PNV abandonó la elaboración simbólica del nacionalismo en manos de la *izquierda abertzale*. Los nacionalistas institucionales, y en particular Arzalluz, só-